

"K. L. REICH", por J. AMAT - PINIELLA

Uno de los aspectos menos conocidos de la segunda guerra mundial fue la participación forzosa que en ella tuvieron un considerable número de españoles. Combatientes de la guerra civil que había assolado su patria durante dos años y medio, habían sido recogidos por Francia en campos de concentración situados al norte de los Pirineos. De allí salían muchos para formar compañías de trabajadores o batallones de marcha de la Legión Extranjera, es decir, para luchar de nuevo, en una guerra que la mayoría de entre ellos creía ingenuamente que iba a representar, con el triunfo inmediato de la causa de las Democracias, el triunfo de la causa por la que ellos habían luchado y habían sido vencidos.

No hay que recordar como, después de la que fue irónicamente llamada drôle de guerre y que fue, a pesar de su carácter incruento, muy penosa para aquellos españoles enrolados en compañías de trabajo, la gran ofensiva alemana de mayo de 1940 destruyó en una fulminante blitzkrieg toda la fuerza militar francesa. Como los demás combatientes, aquellos españoles caían prisioneros del ejército alemán y eran internados en campos de concentración. En un momento dado, sin embargo, la suerte de los prisioneros de guerra españoles fue discriminada de la de los demás combatientes de los ejércitos aliados que se hallaban, como ellos, prisioneros de los alemanes. De los campos ordinarios de combatientes, donde se hallaban más o menos protegidos por la Convención de Ginebra, recibían paquetes de la Cruz Roja y podían, con mayor o menor facilidad, establecer contacto con sus familiares, fueron trasladados, un día aciago, a los campos de castigo, aquellos lugares siniestros cuya existencia ignoraba el mundo - incluso, al parecer, una buena parte de la población alemana - y que llevaban los nombres terriblemente famosos de ~~Dachau~~ Buchenwald, Mauthausen, Dachau, Auschwitz o Belsen. Se ha escrito mucho sobre los horrores de que fueron víctimas, en tales establecimientos, los judíos, víctimas predilectas de los nazis y que en cifras astronómicas cayeron para siempre en los campos de castigo y fueron aniquilados en los crematorios después de haber sido pasados por las cámaras de gases. Se ha dicho también como los resistentes de todos los países ocupados, los combatientes rusos o los "partigiani" italianos habían sufrido también el trato inhumano de los verdugos S. S. y de sus seides, tan crueles como aterrorizados, los Kapos y Blockältester, generalmente criminales de derecho común, encargados de vigilarlos.

El que escribe estas líneas conservará ~~para~~ para siempre el recuerdo patético del regreso de los supervivientes de Buchenwald y de Mauthausen, en aquella primavera de 1945 que veía el fin de la atroz contienda, con la derrota sin condiciones del III Reich. Ve aun aquellos cadáveres vivientes, vestidos ~~con~~ con un mezquino uniforme a rayas, parecido a un pijama, y reducidos estrictamente a la piel y los huesos, pero felices, después de tantos horrores como habían sufrido y presenciado, de hallarse de nuevo, por milagro, en libertad. Entre aquellos hombres había algunos compatriotas, algunos amigos. Pero, cuántos habían quedado para siempre en aquellos lugares de exterminio, convertidos en cenizas como ~~que~~ que todavía convierten en sagrados tantos rincones de aquellos campos? No hace mucho tiempo que me fue deparada la ocasión de visitar el campo de Dachau, de trágica memoria. En la lista de víctimas inmoladas en aquel lugar por la científica crueldad nazi, no faltaban los españoles. Y, bajo el sol de primavera, cerca de la bulliciosa y próspera ciudad de Munich, el contraste entre aquel horror retrospectivo y el mundo sonriente que rodeaba el antiguo recinto, se había aun más impresionante.

Una impresión parecida recibe el lector que hoy penetra en aquel mundo, guiado por la mano de J. Amat-Piniella, el autor de ese libro que, con

el título "K. L. Reich" (Konzentrations Lager Reich, es decir, campo de concentración del Imperio) nos ofrece hoy la editorial barcelonesa Seix Barral, en su traducción castellana de Baltasar Porcel. Hay que subrayar que este libro, testimonio en forma novelada, pero cuyo veraz realismo no es preciso indicar, puesto que la lectura da de él una impresión inconfundible, que este libro, pues, de J. Amat-Piniella, fue escrito en catalán hace más de una decena de años, cuando el recuerdo de los días de horror vividos por su autor, uno de los supervivientes de Mauthausen, estaba aún candente en la pluma del escritor. J. Amat-Piniella no logró publicarlo en la lengua original, por haber negado la censura española, repetidamente, el permiso de edición. La traducción ha sido más afortunada en este aspecto, pero cabe señalar que las consignas oficiales han silenciado, en la crítica de diarios y revistas, la aparición de un libro que bien puede calificarse de sensacional.

Porqué unas simples cifras darán, mejor que cualquier comentario, una idea de lo que fue la existencia del escritor catalán y de todos sus compatriotas en aquellos campos nazis de exterminio. "Sin contar más campos que los que conocemos de Mauthausen y sus sucursales danubianas - escribe J. Amat-Piniella en el prólogo de su libro - un setenta por ciento de los siete mil quinientos exilados españoles que en ellos fueron internados cayeron agotados por el hambre, el trabajo inhumano y los malos tratos." Más de minco mil víctimas, sólo en aquellos campos, es una cifra respetable que los combatientes republicanos españoles, después de su sacrificio en la guerra civil de su país, ofrecían en holocausto a la causa de la libertad del mundo. Y esta terrible cifra de caídos no ha merecido hasta ahora el más ligero comentario oficial, la más escueta condenación de unos métodos y una filosofía capaces de tal desprecio de la vida y de la dignidad humana. Es más: hasta ahora no se ha esclarecido las responsabilidades, españolas y alemanas, en aquel cambio de jurisdicción de los prisioneros de guerra españoles, "trabajadores militarizados en fortificaciones", como precisa Amat-Piniella, de los campos de prisioneros de guerra a los de exterminio.

El libro de Amat-Piniella, de un impresionante realismo, es una sucesión de escenas de una crueldad y un horror indecibles. Pero el talento del narrador es tal que, a través de sus personajes, del protagonista Emili, el dibujante, en quien adivinamos que ha personificado sus experiencias y sus reacciones, de su amigo Francesc, del aprovechado y político August, del lamentable Valencia, obsesionado por el hambre, del comunista Rubio, intrigante e hipócrita, del anarquista Manuel, desconfiado de toda acción común, de todos aquellos lamentables guñapos de hombres, judíos, alemanes, rusos, holandeses, que pasan fugazmente por los barracones del campo, para desaparecer entre las volutas de acre humo del crematorio, nos interesamos por tanto horror, compadecemos a sus víctimas, sufrimos con ellas, compartimos sus esperanzas y sus mínimas victorias sobre la muerte o sobre la adversidad. La acción de la obra nunca languidece, el choque de ideas puede atenuarse ante las angustiosas presiones del primum vivere, pero de todo el libro, y en especial de los impresionantes capítulos finales, en que se describe la liberación de los prisioneros de Mauthausen por las tropas americanas del general Bradley, el día 5 de mayo de 1945, se desprende un canto esperanzado a la fraternidad humana, un ardiente himno a la paz y a la libertad.

Es más: a pesar de las siluetas sádicas y feroces de los Gupper y los Popeye, de los guardianes y jefes S.S. o de los criminales responsables del orden y la disciplina en los barracones, a pesar de la legítima indignación que las leyes despiadadas del campo inspiran en el autor como en sus lectores, "K. L. Reich" no es un libro de odio ni de venganza. Es un testimonio dolorido de la experiencia vivida por un hombre que quisiera

hallar hermanos y compañeros allí donde, por desgracia, sólo tropieza con verdugos o con egoístas. Y esta fraternidad se expresa en tonos viriles al describir las muertes trágicas de tantos luchadores que se oponen, de palabra o de obra, al orden inhumano del campo de concentración. Será inútil el sacrificio de tantos héroes, de tantos luchadores anónimos y olvidados? Después de la liberación del campo por los soldados americanos y de la orgía de alegría y de venganza que invade a los supervivientes, Emili, el protagonista y alter-ego de J. Amat-Piniella se deja llevar por una amarga meditación. Reproduzamos sus palabras, puesto que ellas encierran, en su modesto optimismo, la lección de este libro terrible y aleccionador:

"Emili se levanta, ya que las brasas se han ido extinguiendo y la madrugada es fría. El incendio se ha ido apagando y el campo ha ~~quedado~~ quedado de nuevo sumido en la oscuridad, una oscuridad que pone un guión entre un pasado de horrores y un futuro de esperanzas. El humo, en cambio, persiste agarrado a la tierra, como si pretendiese afirmar su triunfo sobre el otro humo, el de la carne quemada. El alba debe de estar próxima, y Emili la espera con impaciencia, pues siente que ~~es~~ la victoria de esta noche precisa la sanción de la luz del día. Debe comprobar que no ha sido un sueño, sino una victoria real y definitiva la del Hombre sobre "el espíritu de los campos nacional-socialistas", el enemigo que yace sin vida, pero todavía tibio."

Rafael TESIS.

Barcelona, mayo de 1963.

Estimat amic Foix: He rebut la vostra carta del 19 ppt., amb el retall de la vostra crítica, tan amable que potser és excessiva, dels meus TRES. Moltes gràcies. Estic realment emocionat de la rebuda que la meua novel·la, amb els seus vint anys llargs, ha pogut rebre dels catalans de Mèxic - els únics que, per ara, la coneixen.-

Suposo que heu rebut una quartilla que vaig fer-vos per al número del cinquè aniversari d'HORIZONTES. La meua carta devia creuar-se amb la vostra. Avui us trameto, com vaig prometre-us en aquella, la crítica del llibre de J. Amat-Piniella, amb la foto de l'autor. Espero que us vagi bé i que no us sembli excessivament política la meua posició.

Desitjaria que la vostra salut ja estigués totalment restablerta. Amb en Maset parlem molt sovint de vós, i aquests dies, que hem tingut o tenim entre nosaltres alguns exiliats que tornen, definitivament, com Joan Rossinyol o Domènec Guanzé, o en una breu visita, com Antoni Dot, amb major motiu. Ja us deia, a la meua darrera carta, què pensava del vostre possible retorn.

I ara plego, perquè aquesta tarda tinc un xic de feina i he volgut, abans que tot, fer-vos la crítica promesa i aquestes quatre ralles per a acompanyar-la.

Una abraçada del vostre amic